

bam
bú

Sir Gadabout

Martyn Beardsley

Ilustraciones de
Tony Ross



Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, S.A.

Título original: *Sir Gadabout*

© 1992, sobre el texto, Martyn Beardsley

© 1992, sobre las ilustraciones, Tony Ross

© 2010, sobre la traducción, Pere Martí Casado

© 2010, Editorial Casals, S. A.

Tel.: 902 107 007

www.editorialbambu.com

www.bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig

Segunda edición: marzo de 2011

ISBN: 978-84-8343-094-1

Depósito legal: M-13.609-2011

Printed in Spain

Impreso en Anzos, S.L., Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Sir Gadabout

Martyn Beardsley

Ilustraciones

Tony Ross

Traducción

Pere Martí Casado

**bam
bú**

EDITORIAL



1. La corte del rey Arturo

Hace muchos, muchos años, incluso antes de que se inventara la televisión, vivía un caballero llamado sir Gadabout¹. Eran los tiempos del famoso rey Arturo y de su Tabla Redonda; una época emocionante y misteriosa en la que vivir, sobre todo para un caballero.

En un rincón neblinoso y remoto de Inglaterra se erguía el castillo conocido como Camelot, y en él había reunido el rey Arturo a los mejores caballeros del reino alrededor de la Tabla Redonda. Estos caballeros tenían que estar preparados para partir en cualquier momento a luchar contra villanos, dragones, tipos que tiraran basura al suelo... y mantener la paz en general.

Si pudieras viajar en el tiempo y visitar Camelot, te encontrarías con el galante rey Arturo, alto y valiente, querido y respetado. A su lado estaría la reina Ginebra: bella, elegante y muy hábil en las tareas de bricolaje. Y muy cerca de ellos verías a todos los grandes caballeros, cuyos nombres nos pueden parecer raros hoy en día:

1. La traducción literal de la palabra Gadabout sería «callejero»: persona que va de aquí para allá sin hacer nada de provecho.

sir Lancelot, sir Gawain, sir Dorothy (este ya sonaba raro incluso en aquellos tiempos) y sir Gadabout.

A pesar de que sir Gadabout se sentaba en la Tabla Redonda con los mejores, no era precisamente uno de los mejores caballeros del país. De hecho, podemos afirmar, sin lugar a dudas, que era el Peor Caballero del Mundo. Incluso la edición de marzo de la revista *Caballeros Illustrated*² lo había votado como «el caballero con más posibilidades de cortarse su propio pie al luchar».

2. El autor juega con el nombre de la conocida revista americana *Sports Illustrated*.



La armadura se le sujetaba gracias al óxido y ya le quedaba pequeña cuando tenía once años. Su lanza estaba tan torcida que únicamente le servía para atacar cuando había alguna esquina por medio; y su espada, que estaba rota por la mitad y pegada con cinta adhesiva, se balanceaba de forma alarmanante cuando soplab el viento. Su caballo, Pegasus, tendría unos noventa años y era patizambo.

Al rey Arturo le daba pena sir Gadabout, que era muy trabajador y bien educado. Probablemente fue por eso por lo que el rey le permitió entrar en la gloriosa, a pesar de su presencia, compañía de la Tabla Redonda.



Para ser sinceros, sir Gadabout no había llevado a cabo tantos actos heroicos como los demás caballeros. De hecho, casi no había llevado a cabo ninguno, a no ser que tengamos en cuenta la ocasión en que acompañó al temible sir Bors de Ganis en una misión para rescatar a la bella doncella Fiona, de la isla de Iona. Se perdió entre la misteriosa niebla y acabó en Tipton, a unos quinientos kilómetros de donde sir Bors se las tuvo que apañar solo con el rescate.

En otra ocasión, sir Gadabout ayudó a una adorable viejecita a bajar su gato de un árbol. Pero resultó que el gato no estaba atascado como parecía (aunque él no podía saberlo), y a sir Tristram le costó luego tres horas bajar del árbol a sir Gadabout.

Un día, en Camelot, se anunció la celebración de un torneo, que es cuando los caballeros se lanzan a caballo uno contra otro; cada uno parte de un extremo del campo e intentan tirar al contrincante del caballo con una lanza. A todo el mundo le encantaban las justas, que así era como se llamaban estos combates, y para los caballeros suponían una oportunidad de demostrar lo valientes que eran.

Para aquel gran acontecimiento se dispuso un campo a las afueras del castillo de Camelot, se levantaron tiendas, se prepararon bocadillos y pinchos, y se colocó una fila de asientos para el rey y los invitados más



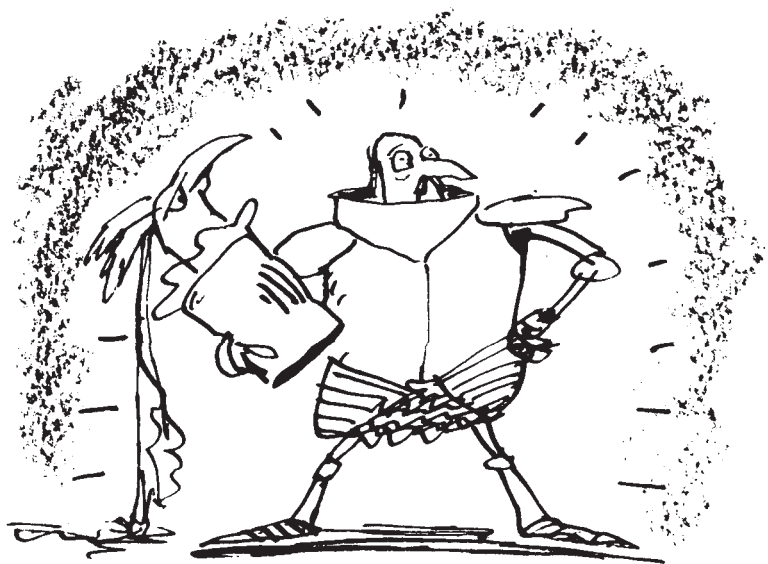
importantes. La gente acudía desde kilómetros a la redonda y enseguida se juntó una multitud. Era, más o menos, como un partido de fútbol, con el público apoyando a su favorito, animando, o abucheando al contrario. Seguramente habría sido el «partido de la jornada» si ya se hubiera inventado la televisión, pero como ya he mencionado antes, eso no había sucedido todavía.

El rey Arturo se levantó por fin de su asiento y anunció el inicio del torneo. El entusiasmo entre la multitud aumentó súbitamente y pronto lo único que se oyó fue un coro de runruneos.

De repente alguien gritó:

—¡Mirad! ¡Es sir Lancelot!

Efectivamente, sir Lancelot entró en la pista montado en su fogoso caballo de batalla y el runrún creció. Lucía una espléndida y reluciente armadura de plata que brillaba y centelleaba con los rayos del sol. Pero más que su armadura, destacaban sus rubios cabellos ensortijados y un impresionante bronceado. Se colocó con la espalda bien recta en la silla del caballo (hasta los caballeros famosos tenían que sentarse con la espalda bien recta) con su escudero (una especie de sirviente personal) trotando detrás de él. El escudero transportaba las lanzas de sir Lancelot. Era una imagen espléndida.



A continuación salió sir Gadabout, que iba a ser el rival de sir Lancelot.

Sir Gadabout no llevaba su habitual armadura oxidada, y a primera vista parecía realmente un imponente luchador. Pero la verdad era otra.

Había tomado prestada la armadura que su hermano utilizaba en las grandes ocasiones. El problema consistía en que sir Gadabout era considerablemente más pequeño que su hermano, llamado sir Félix el Hinchado. Quedaba tanto espacio libre dentro de la armadura que cuando a sir Gadabout le picaba la rodilla (cosa que, a saber por qué, sucedía a menudo), podía rascársela tranquilamente desde dentro.

Los brazos no le llegaban ni a la mitad de los de la armadura y la cabeza apenas le sobresalía. Le quedaba tan grande que hasta había guardado los sándwiches de queso que se reservaba para la hora de comer dentro de la coraza, que es la pieza de la armadura que cubre la parte superior del cuerpo, como una chaqueta de metal. Pero enseguida empezó a hacer mucho calor dentro de la armadura y el queso comenzó a desprender un fuerte olor.

Trotando orgulloso al lado de sir Gadabout iba Herbert, su fiel escudero. Transportaba las lanzas de su señor, a pesar de que sir Gadabout solamente tenía dos: la torcida y otra que pertenecía a sir Félix

el Hinchado, que estaba un poco grasienta y tendía a escurrirse de las manos más que a derribar al contrincante.

Herbert estaba al servicio de sir Gadabout desde hacía años y sentía una absoluta devoción por su señor. Era un joven bajito y rechoncho con el pelo castaño y liso, y el flequillo casi le tapaba los ojos, como al típico perro pastor inglés. No era muy inteligente, pero tenía un potente gancho. Muy pocos se atrevían a reírse de sir Gadabout cuando Herbert estaba cerca.



Los dos caballeros se detuvieron cada uno en un extremo de la pista cubierta de hierba. Los escuderos les dieron sus respectivas lanzas y la multitud expectante volvió a su runrún. Los dos caballos piafaron impacientes, esperando la carga.

El rey Arturo se levantó, sacó un pañuelo de seda rojo del bolsillo y lo agitó en el aire. La muchedumbre enmudeció y contuvo la respiración a la expectativa... El rey Arturo se sonó la nariz con el pañuelo de seda rojo, soltó un ruidoso «¡¡Mooc!!» y a continuación se puso a hablar con Ginebra sobre el menú de la cena. La multitud tuvo que volver a respirar ya que empezaban a tener la cara morada. Alguien le dio un codazo al rey Arturo para recordarle que se suponía que tenía que dar la señal para el inicio de la justa.

–¿Qué? ¡Oh, sí! –estuvo a punto de levantar otra vez el pañuelo, pero justo a tiempo se acordó de para qué lo había usado. Rápidamente se lo volvió a meter en el bolsillo.

Respiró hondo y dijo:

–¡Damas y caballeros! –el gentío contuvo la respiración una vez más. Los caballos resoplaron y los caballeros se armaron de valor–. ¡Que empiece la justa!

